

Carlos Taibo

Las repúblicas ex yugoslavas después de Dayton

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado, entre otros libros, Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético (Madrid-Bilbao, Los Libros de la Catarata-Bakeaz, 1993), La Unión Soviética (1917-1991) (Madrid, Síntesis, 1993), La disolución de la URSS (Barcelona, Ronsel, 1994), Crisis y cambio en la Europa del Este (Madrid, Alianza, 1995), La Rusia de Yeltsin (Madrid, Síntesis, 1995) y, en colaboración con José Carlos Lechado, Los conflictos yugoslavos (Madrid, Fundamentos, 1995). Es colaborador de Bakeaz.

Nada sería más equivocado que dar por cerrados los conflictos posyugoslavos. Esos conflictos no sólo afectan a Bosnia, inmersa en una delicada aplicación del tratado de Dayton: Croacia y Serbia se encuentran sometidas a agudas tensiones, Montenegro registra el ascenso de un nacionalismo que puede romper muchos esquemas, en Kosovo la mayoría albanesa padece los efectos de una insoportable represión, y en Macedonia, en fin, la normalización de las relaciones externas no progresa al ritmo que cabía esperar.

ÍNDICE

1. Los conflictos yugoslavos	1
2. Bosnia en la encrucijada: el tratado de Dayton	2
3. Los otros escenarios posyugoslavos	6
4. Una impredecible combinación de elementos	9
Bibliografía	11

Desde que, a finales de 1995, se firmó el tratado de Dayton, los medios de comunicación han prestado escasa atención a lo que ocurre en las diferentes repúblicas ex yugoslavas. Ni siquiera las sucesivas elecciones celebradas en Bosnia, en Serbia o en Croacia, o los numerosos incidentes que han tenido Kosovo por escenario, han suscitado interés en unos medios cada vez más volcados en el análisis —seamos generosos al utilizar esta palabra— de lo que acontece en nuestro entorno más próximo. Y, sin embargo, no parece aconsejable olvidar unos conflictos que muy probablemente acabarán por reaparecer y exigirán, entonces, un precipitado esfuerzo de comprensión. Que el estudio detallado de problemas como los mencionados no interesa a los medios de comunicación es difícilmente discutible. Pero acaso la situación es más grave, por cuanto ni siquiera los circuitos especializados —saturados por un trabajo de enorme intensidad entre 1990 y 1995— parecen hoy capaces de asumir un análisis pormenorizado de situaciones complejas. Así lo testimonia la precariedad de una producción bibliográfica que se quedó en la guerra de Bosnia y que apenas ha dado a luz materia-

les que permitan comprender lo que ocurre ahora en los países citados. No sería nada saludable que permitiésemos que el vacío generado fuese colmado por una burocracia internacional más bien inclinada a rehuir la denuncia y a reírle las gracias a los poderosos del momento.

1 Los conflictos yugoslavos

Sirvan estas líneas para recordar los datos fundamentales relativos a la desintegración de Yugoslavia. El Estado federal yugoslavo, creado en 1945, fue el escenario en el que se superpusieron, en los años ochenta, una aguda crisis económica, la zozobra generada por la muerte de Tito y numerosas colisiones entre las élites políticas de las diferentes repúblicas. En ese marco, y a partir de 1986, cobró vigor en Serbia una modalidad de nacionalismo agresivo que contestó toda la construcción federal urdida por Tito y, al cabo, inició un activo proceso de ruptura de las reglas del juego propias del Estado yugoslavo. Desde el gobierno serbio, encabezado por Milosevic, se alentó la satanización de otros grupos étnicos, se apostó por políticas centralizadoras, se crearon ilegales “regiones autónomas” serbias en Croacia y en Bosnia, y en 1989-90 se abolió, en fin, la condición autónoma de la que disfrutaban Kosovo y la Vojvodina. Estas medidas cobraron cuerpo a través de lo que al poco fue la franca rei-

vindicación, asentada en el uso de la fuerza, de la “gran Serbia”, un Estado en el que todos los serbios, y a menudo sólo los serbios, estaban llamados a vivir.

La política serbia suscitó dos grandes reacciones. La primera fue un fallido intento —liderado por el primer ministro federal, Markovic— de preservar la cohesión del Estado. Mayor vigor adquirió la segunda, que adoptó la forma de referendos de autodeterminación y declaraciones de independencia, en 1991-92, en Eslovenia, Croacia, Bosnia y Macedonia. Dos de esas declaraciones condujeron a conflictos bélicos prolongados. Así, a mediados de 1991 Croacia fue objeto de una agresión en la que participaron milicias serbias y un ejército federal yugoslavo cada vez más serbianizado. La guerra duró casi seis meses y se saldó con la ocupación militar serbia de dos regiones de Croacia, la Krajina y Eslavonia oriental, que fueron objeto de activas “limpiezas étnicas”. El gobierno croata, que antes de la guerra apenas había mostrado designio negociador alguno, acabó por mostrar su compromiso, también, con una modalidad agresiva de nacionalismo.

El segundo conflicto tuvo a Bosnia como escenario a partir de abril de 1992. Bosnia se declaró independiente porque ésta era acaso la única solución que se presentaba en el horizonte: los movimientos anteriores de Serbia y de Croacia apenas dejaban abierta otra posibilidad. Pero, y a diferencia de lo ocurrido en Serbia y en Croacia, en Bosnia se preservaron estructuras multiétnicas, se garantizó una sensible descentralización y se optó por una desmilitarización del territorio. Nada de ello impidió una nueva agresión militar desde Serbia, realizada con el apoyo de buena parte de la población rural de esa nacionalidad. Al declarar la comunidad internacional un embargo de armas sobre todos los contendientes, el gobierno bosnio a duras penas pudo plantar resistencia frente a las milicias serbobosnias, que a la postre ocuparon y limpiaron étnicamente el 70% del territorio. En 1993 Croacia acudió también al reparto del pastel y se anexionó la Herzegovina occidental, una región de Bosnia en la que los croatas eran mayoría. Las sucesivas agresiones recibieron en los hechos el *placet* de una comunidad internacional que permaneció impertérrita ante el genocidio. La guerra, que produjo unos 150.000 muertos y obligó a abandonar sus hogares a más de la mitad de los habitantes de Bosnia, no era, sin embargo, un conflicto estrictamente étnico: muchos serbios y croatas, fundamentalmente habitantes de las ciudades, preservaron su histórica relación de convivencia con la mayoría de la población musulmano-bosniaca.

Mientras estos dos grandes conflictos se desarrollaban, los restantes territorios yugoslavos seguían otros caminos. Eslovenia —escenario durante una semana, en 1991, de combates— experimentó una rápida recuperación que en 1997 la convirtió en sólido candidato a la adhesión a la Unión Europea (UE). Montenegro, entre tanto, mantuvo una estrecha alianza con Serbia y, como ésta, fue castigado con un severo embargo económico internacional. Macedonia, por su parte, hubo de encarar los numerosos obstáculos impuestos por Grecia en lo relativo a su reconocimiento internacional, al tiempo que encaraba el riesgo de una eventual agresión militar serbia. En Kosovo, en fin, la represión ejercida sobre la mayoría albanesa conservaba todo su rigor.

2 Bosnia en la encrucijada: el tratado de Dayton

Para entender cómo se llegó, en Bosnia, a la firma del tratado de Dayton es preciso reseñar algunos cambios operados en los escenarios posyugoslavos.

- **La creación, en marzo de 1994, de la Federación Bosnio-Croata (FBC).** Aunque sobre el papel la FBC ponía fin a la aventura militar croata en Bosnia, una vez constituida, el régimen croata mantuvo, en las zonas que controlaba, una estructura autoritaria, se negó a invertir la “limpieza étnica” practicada en 1993 y se mostró escasamente inclinado a colaborar militarmente con el gobierno bosnio. Croacia parecía considerar a Bosnia como un satélite, una parte de cuyo territorio debía quedar supeditada, sin más, a sus intereses.
- **El fortalecimiento militar de la propia Croacia.** Sus consecuencias se hicieron notar, en agosto de 1995, en la forma de la “reconquista” de la Krajina. Acompañada de una nueva operación de “limpieza étnica”, ahora dirigida por Croacia, la pérdida de la Krajina por las milicias serbias produjo un descalabro que pronto fue aprovechado por el ejército croata para ocupar, en septiembre, parte de la Bosnia central. En esta ofensiva ejercieron escasa influencia —se diga lo que se diga— los bombardeos realizados por la OTAN y un ejército bosnio que, aunque fortalecido, seguía exhibiendo notorias limitaciones.
- **El giro operado en las políticas del presidente serbio, Milosevic, a partir de 1994.** Deseoso de propiciar un levantamiento del embargo que su país padecía desde 1992, Milosevic abandonó, al menos formalmente, el sueño de una “gran Serbia”. El giro se tradujo pronto en una relación tensa con los aliados serbobosnios, que en cierto sentido eran víctimas de sus propios éxitos: tras conquistar un territorio muy grande, se habían visto obligados a defender una extensa línea de frente en un escenario en el que la prolongación de la guerra provocaba un innegable cansancio, en el que cada vez era más difícil movilizar soldados y en el que se hacían valer las reticencias de Milosevic a la entrega de nuevos suministros.
- **Los intereses ligados a la campaña presidencial norteamericana, que debía concluir en 1996.** Presionado por una opinión pública muy influida por hechos como la toma de Srebrenica por milicias serbobosnias —realizada en julio de 1995 y saldada con la ejecución de varios millares de varones bosniacos— y consciente de la ineptitud mostrada por la UE y por la propia ONU, el presidente Clinton asumió una actitud más recia ante el conflicto. El principal signo del cambio fue la decisión de permitir el despliegue, en tierra, de contingentes militares estadounidenses.

El efecto final de todos estos hechos fue una clarificación del escenario: al amparo de las nuevas “limpiezas étnicas”, los planes de división acariciados por Estados Unidos resultaban más hacederos. Esto aparte, los reveses militares serbobosnios se tradujeron, a la postre, en una conciencia repentina de la necesidad de negociar: era preferible conservar la mitad de Bosnia a correr el riesgo de perderlo todo.

■ *El contenido del tratado de Dayton*

En noviembre de 1995 se desarrollaron en Dayton (EE.UU.) las negociaciones encaminadas a alcanzar un acuerdo sobre Bosnia. Abocaron en la firma, por los presidentes de Bosnia, de Croacia y de la Federación Yugoslava (Serbia y Montenegro) (FY-SM), de lo que se conoce como “tratado de Dayton”.

El tratado de Dayton garantiza formalmente la integridad territorial, la independencia y la soberanía de Bosnia. Ésta queda definida como un Estado federal que, con capital en Sarajevo, se halla integrado por dos entidades: a la Federación Bosnio-Croata (FBC) le corresponde un 51% de la superficie, mientras que la República Serbia de Bosnia (RSB) dispone del 49% restante. La delimitación de las entidades implicaba reajustes territoriales con respecto a la línea de frente del otoño de 1995; entre ellos estaba la entrega a la FBC de los barrios de Sarajevo controlados por el ejército ser-

bobosnio. Se llegó a un acuerdo, también, para someter a arbitraje internacional las dimensiones del corredor de Posavina, en el norte de Bosnia.

Por lo que a las instituciones políticas respecta, el poder central lo componen una presidencia, un gobierno, un parlamento y un tribunal constitucional. Bajo su jurisdicción se encuentran las relaciones externas —si bien a cada una de las entidades se le reconoce el derecho a establecer “relaciones especiales” con otros Estados—, el comercio exterior, las políticas arancelaria y monetaria, la inmigración y el control aéreo. La presidencia, de cariz colegiado, está formada por tres personas: un bosniaco, un croata y un serbio. Los dos primeros son elegidos en la FBC, mientras que el tercero lo es en la RSB. Esos tres representantes se van turnando a la cabeza de la institución. Las decisiones de la presidencia deben adoptarse por consenso o por mayoría, si bien se preserva un derecho de veto que podrá ser ejercido en solitario por uno de los miembros cuando estime que los intereses de su etnia están en peligro.

El parlamento lo conforman dos cámaras. La “Cámara de los pueblos” cuenta con 15 miembros —10 de la FBC, 5 de la RSB— elegidos por los parlamentos de las entidades federadas. La “Cámara de representantes” la componen 42 diputados —28 por la FBC, 14 por la RSB— elegidos directamente por la población. La aprobación de una ley requiere el respaldo de ambas cámaras, y en cada una de ellas las decisiones se toman por mayoría. En caso de que una mayoría de los diputados de uno de los grupos étnicos estime que una ley es lesiva para sus intereses, la decisión final corresponderá al Tribunal Constitucional.

En el ámbito militar, el tratado de Dayton implica un traspaso de autoridad desde el UNPROFOR, dependiente de la ONU, a una instancia de nueva creación, el IFOR, dependiente de la OTAN. En el diseño inicial, IFOR debía contar con 60.000 hombres cuyos cometidos fundamentales eran tres: garantizar el alto el fuego, establecer una zona de separación entre los contendientes y controlar el cumplimiento de los acuerdos de limitación de armamentos. Los contingentes de IFOR —más adelante pasarían a llamarse SFOR— han visto su mandato prorrogado varias veces.

En otro plano, el acuerdo pretende garantizar a los refugiados el derecho de retorno a sus hogares, prevé un programa de ayuda económica y establece la organización de elecciones, que deberán celebrarse en el ámbito de toda la federación, de las entidades federadas, de los cantones y de los municipios. Su desarrollo en condiciones se confiará a la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). A esas elecciones no podrán presentarse quienes se hallen encausados por el Tribunal de La Haya como presuntos responsables de crímenes de guerra. El acuerdo obliga a las partes firmantes a cooperar, por lo demás, con el citado tribunal.

El proceso iniciado en Dayton conllevó, en fin, la aprobación, por el Consejo de Seguridad de la ONU, de varias resoluciones que levantaban el embargo de armas impuesto a las repúblicas ex yugoslavas y las sanciones económicas decretadas contra la FY-SM. Otra resolución tomaba nota del acuerdo suscrito por Serbia y Croacia en lo relativo a la reintegración de Eslavonia oriental a la segunda.

■ Los problemas

Es posible realizar una lectura optimista del tratado de Dayton. Al amparo de éste, por lo pronto, la tensión bélica ha remitido. Esto aparte, leído sin prejuicios, y con ignorancia de los antecedentes, el acuerdo perfila un singular modelo de Estado federal. Pero más allá de esas observaciones, y resituando la cuestión en un escenario concreto como el de Bosnia, los términos no parecen tan halagüeños. El texto finalmente suscrito no es en modo alguno el producto de la libre decisión de unos agentes decididos a defender derechos y libertades, sino, antes bien, la consecuencia de dos hechos:

por un lado, una guerra en la que se aprecia el resultado de un intento de golpe de Estado y de una agresión militar exterior; por el otro, los intereses de las potencias occidentales. Así las cosas, la supuesta bondad del tratado de Dayton se desvanece, y éste aparece vinculado a lo que unas veces es una legitimación del uso de la fuerza y otras la mezquindad de unas potencias decididas a poner fin, de la forma que fuere, a un conflicto oneroso en términos de imagen. En las líneas que siguen se identifican algunos de los puntos oscuros del tratado de Dayton.

■ **Negociaciones y viabilidad.** La negociación que culminó en el tratado de Dayton exhibió vicios diversos. A través de sucesivos planes, las grandes potencias olvidaron la existencia de un gobierno democráticamente electo e internacionalmente reconocido —el bosnio—, colocaron en un plano semejante al suyo a presuntos criminales de guerra y ratificaron muchos de los resultados de la guerra. El proceso de negociación legitimó, en otras palabras, la conquista de territorios por la fuerza y la previa “limpieza étnica” de esos territorios. Son significativas las palabras del presidente bosnio, Izetbegovic: “Hemos legitimado la república serbia, y el ejército que hasta ahora era un ejército de agresión y un ejército criminal se ha convertido en un arma legal”. El hecho de que dos Estados externos, la FY-SM y Croacia, firmasen el acuerdo induce a concluir, en fin, que éste conculcaba todos los principios de la Constitución bosnia, y en consecuencia remitía a la disolución de un Estado y de todas sus instituciones.

Si en la negociación del acuerdo no estuvieron presentes, por otra parte, muchos de los agentes locales llamados a garantizar su despliegue, ninguna de las partes estaba plenamente convencida, por lo demás, de la idoneidad de lo pactado. Así, el presidente bosnio señaló en noviembre de 1995 que se trataba de “una paz injusta, aunque más justa que la prosecución de la guerra”. Las aspiraciones del gobierno de Sarajevo eran otras: un Estado en el que el centro disfrutase de capacidades mayores, en el que la dirección recayese ante todo en manos de la mayoría bosniaca, en el que no se hicieran valer concesiones a las entidades —la RSB, la croata “república de Herzeg-Bosna”— surgidas de la guerra y en el que la posibilidad de una partición *de facto* quedase reducida a la nada. Los dirigentes serbobosnios hubiesen preferido un acuerdo en el que se enunciase con claridad la plena independencia de su república; por fuerza tenían que sentirse decepcionados con algunas de las concesiones realizadas por Milosevic. Otro tanto puede afirmarse de los responsables de “Herzeg-Bosna”, que acaso se sentían doblemente preteridos, dentro de la FBC y dentro del Estado federal perfilado en Dayton. Todos los agentes mencionados mantenían, sin embargo, sus aspiraciones máximas, vinculadas unas veces con singulares lecturas del acuerdo y otras con el designio, a menudo manifiesto, de violentar aquél.

■ **Una desequilibrada estructura federal.** El acuerdo determinó la configuración de instituciones monoétnicas sólidas —las dos entidades federadas, y en particular la RSB— mientras redujo notoriamente las atribuciones del poder central, al que cabía suponer una mayor propensión multiétnica. Esto se verificó en un escenario en el que, por añadidura, el principio étnico se convertía en principal norma reguladora.

El vigor de las entidades federadas lo reflejaban tres hechos:

- Mientras que el Estado federal no contaría necesariamente con unas fuerzas armadas propias, se reconocía, en cambio, la existencia de sendos ejércitos a disposición de la FBC y de la RSB. Si *Estado*, conforme a la definición de Weber, es la entidad que, en un territorio, se atribuye un monopolio en el ejercicio legítimo de la violencia, la Bosnia perfilada en Dayton no es un Estado.
- Ya se ha señalado que a la FBC y a la RSB se les permitía establecer “relaciones especiales” con entidades externas,

criterio claramente concebido con un objetivo: permitir que la parte de la Federación bajo control croata —la “república de Herzeg-Bosna”— y la propia RSB determinasen sus vínculos con Croacia y Serbia.

- También en el terreno económico se apreciaba la disparidad de las funciones asignadas al “centro” federal y a las entidades federadas: mientras que al primero le correspondían las “políticas” monetaria y arancelaria, las instancias materiales —aduanas, impuestos, finanzas— recaían en las entidades federadas.

La debilidad de la organización federal se reflejaba también en las disputas territoriales. El ardor que las partes firmantes pusieron en las discusiones relativas a las fronteras ilustraba bien a las claras la importancia de la cuestión: ¿a qué, si no, tantas discusiones si lo único de lo que se trataba era de delimitar las fronteras, “administrativas”, entre las entidades integrantes de un Estado federal? La respuesta era obvia: los contendientes sabían que en el futuro estaban llamados a ejercer un control férreo sobre los territorios que se les asignasen, algo que por fuerza situaba en el horizonte la posibilidad de la secesión.

- **La pervivencia de direcciones políticas monoétnicas.** Uno de los grandes problemas que plantea Dayton es el relativo a los “gobiernos” de las entidades federadas, y, singularmente, el de la RSB. ¿Quién en su sano juicio puede creer que el máximo dirigente serbobosnio, Karadzic, responsable directo de salvajes operaciones de “limpieza étnica”, está llamado a convertirse en el tolerante y democrático gestor de la “parte serbia” de un Estado federal multiétnico y multicultural? Y la pregunta debe mantenerse aun cuando Karadzic se haya visto obligado a abandonar el escenario. Aunque algunas figuras políticas que tuvieron responsabilidad durante la guerra, como la señora Plavsic, han moderado su discurso, y aunque la presión internacional ha permitido desplazar a los “halcones” en la RSB, el *establishment* político de ésta sigue colmado por gentes que participaron en un golpe de Estado y alentaron una agresión exterior.

La actitud de muchos dirigentes serbobosnios la ilustró su conducta con ocasión de la entrega, a la FBC, de los barrios de Sarajevo que controlaban. Antes de la fecha prevista —marzo de 1996— para esa entrega, los dirigentes serbobosnios incitaron a la población serbia residente en esos

barrios a que los abandonase, al tiempo que tomaban medidas para trasladar las infraestructuras industriales. Sólo 10.000 de los 70.000 serbios presentes en tales barrios decidieron quedarse. Aun así, a mediados de 1996 los serbios eran un 14%, y los croatas un 6%, de la población de la capital bosnia, que seguía conservando su condición multiétnica.

- **Las instituciones políticas.** Dos observaciones merece la naturaleza de las instituciones políticas. Por lo pronto, la condición étnica de candidatos y electores tiene una importancia decisiva. Así, por ejemplo, los miembros del parlamento federal deben elegirse en cada una de las entidades federadas por separado, algo que cierra el horizonte a una competición abierta y libre. Es obligado preguntarse, por otra parte, cuál es el destino, en un sistema visiblemente etnificado, de los serbios y los croatas que han permanecido leales al gobierno de Sarajevo.

Pero, y en segundo lugar, están dadas las condiciones para un bloqueo de todas las instancias del poder central. Cada uno de los grupos étnicos cuya representación se propicia dispone de un derecho de veto sobre las decisiones de los demás; esto aparte, la mera ausencia de los representantes de un grupo puede bloquear el funcionamiento del legislativo. En palabras de Hayden, “**en esencia parece que Bosnia es una unión aduanera que cuenta con un ministro de Asuntos Exteriores, y en la que el gobierno carece de autoridad sobre su territorio**”.

Afirmar, como hemos hecho antes, que las entidades federadas están cargadas de contenido es olvidar, en fin, los problemas que acosan a la FBC. La FBC es un Estado federal que, dentro de otro de orden superior, reproduce los problemas que se hacen valer en éste: así, las dos entidades que integran la FBC disfrutan de un derecho a establecer, también, “relaciones especiales” con Estados externos, el “centro” tiene atribuciones tan livianas como las correspondientes al Estado federal bosnio y, de nuevo, el funcionamiento de las instancias centrales puede ser fácilmente bloqueado. La parte croata de la FBC funciona como un “**Estado de facto... con su propio gobierno, parlamento, poder judicial, policía y ejército**”.

- **Contingentes militares y control de armamentos.** Signo del fracaso de la comunidad internacional ha sido la creación de una instancia militar que escapa a la dirección de la ONU. El hecho de que esa instancia dependa de la OTAN responde, sin duda, al propósito de conferirle a ésta un sentido en un continente en el que sus funciones se antojan más bien superadas. Se trata, en otras palabras, de propiciar su pervivencia y de presentarla como la única institución capaz de garantizar el vigor de un plan de paz.

Los meses posteriores a la entrada en vigor del tratado de Dayton registraron, por otra parte, dos procesos: mientras las partes negociaban una reducción en sus niveles de armamento, se levantaba progresivamente el embargo que sobre sus compras de armas había pesado en los años anteriores. Así las cosas, la situación presentaba perfiles imprevisibles, tanto más cuanto que ninguno de los contendientes descartaba una eventual reanudación de los combates en el futuro. En las negociaciones de desarme se ha revelado bien a las claras un hecho: siendo dos las entidades federadas establecidas en Dayton, son tres —el gobierno de Bosnia, el de Croacia y el de la FY-SM—, sin embargo, las partes que negocian. Tal dato induce a pensar, una vez más, que los hechos discurren por camino diferente al de las declaraciones retóricas. Esto aparte, es una nueva discriminación que el gobierno bosnio deba avenirse a contar con niveles de armamento semejantes a los de las contrapartes serbobosnia y croatobosnia: estas últimas cuentan con un apoyo foráneo del que carece el gobierno de Sarajevo.

- **Refugiados y elecciones.** A finales de 1995 se evaluaba en 2.300.000 el número de refugiados. En un escenario en el que

Mapa 1 *Bosnia tras el tratado de Dayton*



los adalides de la “limpieza étnica” controlan buena parte del territorio, no puede sorprender que los refugiados se nieguen a regresar. Bastará con recordar al respecto que en octubre de 1997 sólo 381.000 personas habían retornado a sus hogares, y que en muchos casos su regreso se había verificado a zonas que se hallaban controladas por su misma etnia, circunstancia que desdibujaba el horizonte de una renovada convivencia. Además, unas 80.000 personas se habían convertido en nuevos refugiados desde finales de 1995. En los hechos, la libertad de circulación es nula, y no sólo perviven las fronteras entre las entidades federadas: también hay una clara frontera, dentro de la FBC, entre las dos “subentidades” que la componen.

La cuestión de los refugiados guarda estrecha relación con muchos de los problemas vinculados con las elecciones. Aunque en Dayton se acordó que el censo de 1991 sería la base de todas las votaciones, se permitió que los ciudadanos emitiesen su voto, con carácter excepcional, en un lugar distinto del recogido en el censo en cuestión. Bajo la presión de muchos de los dirigentes locales, el procedimiento ha permitido que los votos que nos ocupan, en modo alguno excepcionales, ratifiquen los resultados de la “limpieza étnica”: no ha sido muy común que quienes no han podido retornar a sus lugares de origen ejerzan el voto en ellos, de la misma forma que ha sido poco frecuente que en las zonas “limpiadas étnicamente” se presentasen, o al menos lo hiciesen en condiciones, candidatos que pudieran resultar atractivos para los refugiados que no han regresado.

Aunque la situación ha mejorado en 1997, las garantías para que las votaciones se produzcan sin intimidación son insuficientes. Otro tanto puede decirse en lo relativo a las libertades de expresión y de asociación. La libertad de prensa es nula en “Herzeg-Bosna” y está muy recortada en la RSB. Aunque en Sarajevo, Tuzla o Zenica perviven medios independientes, en el resto de las zonas en poder del “gobierno bosnio” se hace sentir la presión del gobernante SDA.

Por lo que al panorama partidario se refiere, los partidos étnico-nacionalistas triunfantes en 1990 mantienen su condición de privilegio. Los mayores signos de pluralismo se revelan en las zonas controladas por lo que hasta 1995 fue el gobierno bosnio, aun cuando el impulso autoritario del SDA —y no tanto una eventual islamización, y menos aún un irraztable “integrismo” islámico— despunta por doquier. Los caudillos locales empiezan a hacerse oír, de cualquier modo, en una RSB acosada en su dirección por graves conflictos en los que hasta el momento ha salido bien parada la ex presidenta Plavsic. El acceso a la presidencia de la RSB, a finales de 1997, de Dodik, un moderado, puede contribuir a reducir el poder del partido de Karadzic, que aun con lo anterior ha sido la fuerza política más votada en las sucesivas elecciones celebradas en la RSB. En “Herzeg-Bosna” se impone lo que se antoja un régimen de partido único.

Debe subrayarse que las normas electorales impuestas en Dayton han acabado por propiciar que el número de quienes han optado por permanecer en los lugares de refugio sea muy alto. Como quiera que han permitido que los bosnios hiciesen valer su voto en los lugares de acogida, y que se ha recurrido a menudo al establecimiento de cupos étnicos, los grandes partidos han podido apuntalar, gracias al voto de los refugiados, su control de unas u otras regiones: les ha bastado con recabar el apoyo del grupo étnico respectivo en un escenario en el que la mayoría de la población respaldaba a quienes prometían la defensa más recia frente a los restantes grupos. Así las cosas, las normas electorales se han convertido en un eficaz instrumento de ratificación de las limpiezas étnicas practicadas entre 1992 y 1995.

■ **Economía y satelización.** La guerra ha provocado —ante todo en la FBC— una evidente devastación, a la que se agregan los efectos de las decenas de miles de muertos y de una fuga de cerebros de dimensiones notorias. La renta per cápita descendió de 2.000 a 200 dólares, mientras que el PNB y la

producción industrial alcanzaban en 1994 niveles respectivos de un 25 y un 10% de los prebélicos. El escenario se vio marcado, en fin, por la existencia de poderosos circuitos mafiosos, que operaban tanto al amparo del gobierno de Sarajevo como de las autoridades croatobosnias y serbobosnias.

Poca atención se presta, sin embargo, a los problemas económicos. Conforme a los primeros balances, cada una de las entidades federadas es, por separado, inviable. Si la RSB dispone de notable riqueza en materias primas, las instalaciones de procesamiento se hallan, en cambio, en la FBC; mientras que los consumidores se arraciman en ésta, las zonas agrícolas más prósperas se encuentran en la primera. En ausencia de una Bosnia unificada, se hace difícil imaginar que la ayuda internacional, con clara dimensión de negocio, tape semejantes huecos, tanto más cuanto que no debe descartarse un impulso remilitarizador. Por lo demás, ningún plan se propone garantizar pagos en concepto de “reparaciones de guerra”, algo visiblemente lesivo para el gobierno bosnio.

Al margen de lo anterior, los estímulos hacia la satelización de partes del territorio bosnio son claros. Es fácil adivinar cuáles son esas partes y cuáles las potencias invitadas a satelizarlas: si en el caso de la FBC se llama Croacia, en el de la RSB se llama Serbia. Ilustrativo es, al respecto de estas cuestiones, que los acuerdos negociados en Dayton señalen que las centrales hidroeléctricas de la Herzegovina tendrán como objetivo fundamental abastecer a la costa dálmata de Croacia, de tal suerte que sólo una vez satisfechas las demandas de ésta podrán servir al país en el que formalmente se encuentran: Bosnia. Es verdad, con todo, que frente a esta tendencia a la satelización —de nuevo legitimada—, cuando no alimentada, por la comunidad internacional— operan otras. Así, el hecho de que el grueso de la ayuda económica externa esté recayendo en la FBC —el territorio de ésta fue, también, el que más sufrió durante la guerra— convierte a la Federación en un emporio de atracción para muchos ciudadanos de la RSB y genera, así, un mecanismo que, por un camino algo torcido, puede conducir a una reanudación de vínculos entre comunidades.

■ **El tribunal de La Haya.** El tribunal encargado de juzgar los crímenes de guerra perpetrados es una de las pocas sorpresas agradables. Hasta el momento ha conseguido esquivar las presiones de muchos gobiernos convencidos, al parecer, de que su trabajo ponía en peligro el despliegue del tratado de Dayton. Es verdad, sin embargo, que la colaboración de los poderes locales y la de los propios contingentes militares internacionales ha dejado mucho que desear, algo que reflejan a la perfección las cifras de encausados por el tribunal que no han sido detenidos. En noviembre de 1997 todos los bosnios reclamados se hallaban a disposición de aquél, y otro tanto sucedía con 14 de los 18 croatas. En cambio, sólo 3 de los 57 serbios habían sido conducidos a la ciudad holandesa.

Aunque el tribunal parece dispuesto a llegar hasta el fondo, puede darse por seguro que la presión de las grandes potencias se hará valer en caso de que progrese la idea de encausar a los presidentes de Serbia y de Croacia. Esta limitación debe cargarse también sobre los hombros del tratado de Dayton, suscrito por esos dos dirigentes políticos. No hay que ser muy sagaz, sin embargo, para entender que a duras penas cambiará el panorama en los Balcanes occidentales en tanto en cuanto en Serbia y en Croacia pervivan regímenes, y dirigentes, como los actualmente existentes.

■ **Bosnia: una conclusión general**

■ **Una paz injusta.** Los problemas del tratado de Dayton se resumen en uno: enuncia retóricamente la integridad territorial de Bosnia, pero el escaso vigor del principio queda reflejado en la ausencia de garantías y en el reconocimiento de entidades étnicamente homogéneas. La aparente firmeza militar exhibida por las potencias occidentales contrasta con

el contenido del plan: quienes han sido aparentemente castigados en virtud de la primera —los dirigentes serbobosnios— son recompensados de resultados del segundo. Quede claro que el principal argumento que esgrimen hoy nuestros países sugiere que si bien los elementos *militares* del tratado han ganado terreno, no puede decirse lo mismo, en cambio, de los *civiles*. Según este punto de vista, la comunidad internacional ha cumplido con sus compromisos, algo que no puede afirmarse de los *agentes locales*. Esta dramática simplificación olvida que en Dayton se estableció un marco que ha acabado por condicionar de manera poderosa, y no saludable, el comportamiento de la sociedad bosnia, legitimando al tiempo muchos de los resultados de la guerra.

En Dayton han salido triunfantes, por lo demás, los “realistas”, gentes que en todo momento se han mostrado partidarias de arrinconar los principios. Entre estos vencedores están, en lugar señalado, dos de los instigadores del conflicto: todo parece anunciar que los presidentes de Serbia y de Croacia sólo se han visto obligados a hacer concesiones en el terreno de la retórica, sabedores de que los flujos reales dibujados en Dayton operan en su beneficio. Y esos flujos conducen a un horizonte que está en el trasfondo de la mayor parte de los movimientos asumidos por los gobiernos serbio y croata: el reparto de Bosnia.

■ **Equilibrios precarios.** Del lado de lo que entre 1990 y 1995 fue el gobierno bosnio operan tendencias hacia una “islamización” de la política. No parece que Dayton sea un obstáculo para esas tendencias: el acuerdo aporta, antes bien, un estímulo para el establecimiento, en la Bosnia de Zetbegovic, de un régimen de ribetes autoritarios e islamizantes. Las cosas como están, sigue siendo evidente, pese a todo, que el otrora gobierno de Sarajevo representa un proyecto más abierto que los que se hacen valer en Serbia, en Croacia y en sus satélites en Bosnia.

No puede descartarse, en un plano distinto, que el “gobierno bosnio” asuma una política semejante a la desplegada por Croacia tras su derrota militar en 1991: un progresivo rearme que, si las cosas no discurren como se desea, permita reabrir la dinámica bélica. No debe olvidarse que una de las grandes fisuras del tratado de Dayton es su vinculación con un esquema de intereses cuya fortaleza puede desmoronarse rápidamente. La mayor parte de esos intereses se explican en virtud de la compleja trama trazada por Estados Unidos en el área.

Hoy por hoy, de cualquier modo, el nexo que las diferentes partes mantienen con el tratado de Dayton se puede explicar en los siguientes términos:

- El “gobierno bosnio” sigue en situación precaria, toda vez que de optar por una prolongación de la guerra se harían manifiestas la debilidad de su posición militar y su paralela y conflictiva dependencia de unas fuerzas armadas, las croatas, cuyo compromiso con una Bosnia multiétnica es dudoso; por otra parte, el gobierno bosnio pondría en peligro la ayuda económica internacional y perdería, presumiblemente, el apoyo de Estados Unidos.
- Aunque los dirigentes serbobosnios siguen disponiendo de una notable capacidad militar, deben hacer frente a un ejército croata bien pertrechado, a una relación tirante con la Serbia de Milosevic y a la posibilidad, llegado el caso, de nuevas acciones militares internacionales; a lo anterior se agrega el hecho, ya mencionado, de que buena parte de los sectores radicales han sido desplazados de las estructuras de poder, aun cuando mantengan un innegable apoyo entre la población y dispongan de significados resortes económicos.
- Pese a que la relación entre Croacia y los dirigentes de “Herzeg-Bosna” es buena, no parece que los segundos estén en condiciones de implicar a Zagreb en una nueva aventura: el gobierno croata se halla claramente interesado en preservar el apoyo norteamericano.

■ **El futuro.** Son varias las hipótesis que se manejan en relación con el futuro. Todas acaban por cruzarse con un problema: el de una eventual satelización desde Estados externos. Aun cuando es posible que dentro de un decenio Bosnia aparezca en los mapas con un solo color, están sentadas las condiciones para que en su interior se hagan valer varias entidades independientes, inconexas y externamente satelizadas. No sabemos si serán las dos delimitadas en Dayton o si la propia FBC se diluirá a su vez en dos mitades. Tampoco sabemos, en fin, si el “gobierno bosnio” sucumbirá al impulso etnificador que sigue llegando desde Belgrado y desde Zagreb.

Así las cosas, hay razones sobradas para no descartar, al menos, cuatro horizontes. El primero es el de la existencia, en Bosnia, de lo que en los hechos serán tres Estados monoétnicos: bosniaco, serbio y croata. El segundo se perfila en torno a dos Estados: el uno multiétnico, sobre la base de la actual FBC, y el otro monoétnico, trenzado en torno a la RSB. Un tercer horizonte es el configurado por dos Estados monoétnicos —la RSB y una renacida “república de Herzeg-Bosna”— y un minúsculo Estado multiétnico. En cuarto y último lugar, podría ganar terreno una franca anexión de todo el territorio bosnio, o de partes del mismo, por las dos potencias regionales colindantes. Fuera de estos horizontes, parece obligado reconocer que no son muchas las posibilidades que el tratado de Dayton concede a una Bosnia multiétnica y multicultural. Por eso es mejor aceptar que quienes han luchado por ésta han sido, al menos provisionalmente, derrotados. Y que la comunidad internacional no es en modo alguno ajena a su derrota.

3 Los otros escenarios posyugoslavos

El tratado de Dayton es un acuerdo relativo a Bosnia, y como tal nada dice de otras partes de la vieja Yugoslavia en las que se mantienen situaciones de conflicto. El propósito de este epígrafe es ofrecer una descripción general de los problemas que acosan a las demás repúblicas ex yugoslavas, con la vista puesta en subrayar, al tiempo, la enorme diversidad de los agentes que operan sobre el terreno.

■ Serbia y Montenegro

Dos de las seis repúblicas yugoslavas, Serbia y Montenegro, mantienen hoy una conflictiva federación (FY-SM) que pretende ser heredera del viejo Estado federal. Al respaldar genéricamente las políticas desplegadas por el gobierno serbio en los últimos diez años, Montenegro ha venido a legitimar una fantasmagórica federación que, como veremos, exhibe numerosos problemas.

■ **Serbia.** Desde 1994, y con el objetivo de conseguir el levantamiento de las sanciones internacionales, quien entonces era el presidente serbio, Milosevic, ha asumido una política más moderada en lo que respecta a la acción de sus aliados en Bosnia y en Croacia. No parece, sin embargo, que esa moderación se haya traducido en cambios en lo relativo a la condición del régimen serbio, que sigue exhibiendo un notorio autoritarismo. Es verdad, con todo, que en Serbia se registra cierto respeto formal por algunas de las reglas del juego democrático, y que al menos en Belgrado y en su entorno se manifiestan movimientos de oposición más o menos activos.

Es verdad, por otra parte, que el régimen de Milosevic ha tenido que encarar, en su cúpula de poder, varias situaciones

delicadas en los últimos años. Bastará con recordar que en 1992 emergió con peso la figura —al final enfrentada a Milosevic— del primer ministro Panic, que en 1993 el encargado de plantar cara a Milosevic fue el presidente federal Cosic, o que en diversos momentos el gobierno serbio se ha visto obligado a recabar el apoyo del partido parafascista de Seselj. Es innegable, pese a todo, el talento de Milosevic para asumir conversiones y rehuir situaciones peligrosas. Tal y como ha señalado Samary, Milosevic **“ha depositado su fuerza en un programa nacionalista, y después lo ha traicionado; ha sacado tajada de las sanciones internacionales (percibidas por el pueblo como una injusticia y como la causa de todos los males), y más adelante ha hecho otro tanto con su levantamiento; ha consolidado su poder a través de una alianza con la extrema derecha y, después, a través de un rechazo de ésta; se ha visto legitimado en la guerra, y luego en la paz, en la ruptura con Tito y en la ‘continuidad socialista’...”**.

Pero el mayor éxito de Milosevic es haber conseguido que parte de la propia oposición reproduzca los términos del discurso autoritario, preñado de agresivo nacionalismo, que las más de las veces se ha postulado desde el poder. Debe recordarse que se ha venido abajo estrepitosamente el movimiento de protesta urdido a finales de 1996 para contestar las irregularidades en el cómputo de los votos tras unas elecciones municipales. No sólo eso: la oposición ha sido incapaz de adoptar un criterio común en las elecciones legislativas y presidenciales celebradas en el otoño de 1997. Mientras que uno de sus dirigentes, Draskovic, participó en esas elecciones y hoy se dispone, al parecer, a prestar su apoyo parla-

mentario a Milosevic, otro de ellos, Djindjic, el mismo que otrora apoyaba con claridad a Karadzic en Bosnia, confiesa su admiración por Thatcher y Netanyahu. Ni a Draskovic ni a Djindjic les preocupa la política represiva del gobierno serbio en Kosovo.

Aun así, en 1997 no han faltado los problemas para Milosevic, quien, conforme a la Constitución, estaba obligado a dejar la presidencia del país. La estrategia de Milosevic la han configurado tres movimientos: su elección como presidente federal, una reforma de la Constitución de la FY-SM que fortalezca sensiblemente los poderes de su presidente y, en fin, un esfuerzo encaminado a garantizar que un miembro de su partido se haría con la presidencia serbia. De esos tres movimientos el primero ha resultado fácil, pero no así los otros dos. Si por un lado el auge del nacionalismo montenegrino dificulta sensiblemente el fortalecimiento de los poderes del presidente federal, por el otro las elecciones presidenciales serbias del otoño de 1997 han sido muy reñidas. La confrontación inicial entre Lilic, el candidato de Milosevic, y el radical Seselj abocó en una segunda vuelta en la que, según datos oficiales, no se alcanzó el porcentaje de participación necesario. En la nueva tanda de elecciones presidenciales el candidato de Milosevic, Milutinovic, se impuso por escaso margen, de nuevo en la segunda vuelta, a Seselj. Los espléndidos resultados de éste reflejan cómo una parte de la sociedad serbia le ha dado la espalda a un Milosevic al que vinculan con un plegamiento impresentable a las imposiciones internacionales. Malo es, de cualquier modo, que el poder en Serbia se lo repartan un nacionalismo agresivo pre-

Mapa 2 *Los Estados surgidos de la antigua Yugoslavia*



1. Krajina: ocupada por milicias serbias en 1991; reconquistada por Croacia en 1995.
2. Eslavonia occidental: ocupada por milicias serbias en 1991; reconquistada por Croacia en 1995.
3. Eslavonia oriental: ocupada por milicias serbias en 1991; restituida a Croacia por Serbia en 1998.
4. Vojvodina: provincia autónoma, dentro de Serbia, hasta 1989-90.
5. Kosovo: provincia autónoma, dentro de Serbia, hasta 1989-90.

ñado de oportunismo —el de Milosevic— y un nacionalismo parafascista como el de Seselj.

La situación económica y social en Serbia es muy delicada, y ello pese al progresivo levantamiento de las sanciones. Un capitalismo mafioso controla muchos de los circuitos económicos en un escenario en el que se ha extendido, también, el rechazo con respecto a los refugiados serbios procedentes de Bosnia o de Croacia. La debilidad de los medios de comunicación independientes, que sólo tienen presencia en Belgrado, ha convertido en heroica, en fin, la tarea de constatar las imposiciones gubernamentales. Nada de esto parece preocupar en demasía a unas potencias internacionales que prefieren seguir jugando la carta de Milosevic.

■ **Montenegro.** Ya hemos señalado que Montenegro ofreció un permanente apoyo al gobierno serbio durante la desintegración de Yugoslavia. Es verdad, sin embargo, que desde años atrás ha ido cobrando cuerpo un nacionalismo montenegrino menos propicio a aceptar las imposiciones de Belgrado. Buena parte de la opinión pública se preguntaba qué es lo que Montenegro, sancionado con un embargo internacional, había ganado con su respaldo a Serbia. En este magma se revelaron hechos como el simbólico viaje del presidente Bulatovic a Albania o la configuración de una Iglesia ortodoxa autocéfala, independiente, por tanto, de Belgrado. El escenario se veía completado por una grave crisis económica en la que se daban cita un bajo nivel de desarrollo, el declive del comercio con las repúblicas ex yugoslavas, los efectos del embargo y el hundimiento del sector turístico.

El nacionalismo montenegrino, y con él una opción cada vez más independiente con respecto a Serbia, ha ganado terreno en el otoño de 1997 merced al triunfo de Djukanovic en las elecciones presidenciales. El nuevo gobierno ha empezado a esgrimir posiciones independientes —se manifiesta, por ejemplo, poco propicio a fortalecer los poderes de Milosevic— y no parece plenamente ajeno a la posibilidad de romper la federación con Serbia. Desde ésta no faltan las amenazas de una eventual respuesta militar que gozaría, según algunas versiones, de cierto apoyo entre los derrotados en las presidenciales montenegrinas de 1997. No puede olvidarse que Montenegro es un pequeño país escasamente poblado y con muy precaria capacidad de defensa. Constituye, por otra parte, la salida natural al mar para Serbia, algo que le otorga a su territorio una singular importancia geoestratégica.

■ **Croacia**

Al igual que en Serbia, las pulsiones autoritarias son muy poderosas en Croacia, donde se ven acompañadas por un régimen personalista en cuya cabeza se encuentra el presidente Tudjman. La política de éste, legitimada por la comunidad internacional, se ha visto a la postre saldada por éxitos tan notorios como la recuperación de los territorios perdidos en 1991 y una franca bonanza económica.

Las dos circunstancias mencionadas han beneficiado notoriamente al partido de Tudjman, el HDZ, que ha sabido convocar elecciones en momentos clave de la historia reciente del país. El HDZ apenas ha dejado espacio a una oposición y no ha dudado en echar mano de un sinfín de arbitrariedades como la que condujo en su momento a un boicot a la constitución de la cámara municipal de Zagreb, en la que una coalición de oposición había obtenido una cómoda mayoría. Los éxitos militares del verano de 1995 le han dado alas, por otra parte, a un nacionalismo de perfiles agresivos.

Ya hemos señalado que la economía ha experimentado a partir de 1995, por razones fáciles de comprender, una sensible mejora. Al haber concluido la guerra, el esfuerzo militar se ha mitigado, al tiempo que han empezado a recuperarse los ingresos por turismo y se han ido normalizando las relaciones con varias de las repúblicas ex yugoslavas. A todo ello se han agregado los efectos de la reconquista de la Krajina, que ha permitido reunificar geográficamente el país.

El retorno a Bosnia de una parte de los refugiados ha tenido también efectos benéficos en la economía croata, asentada hoy, en uno de sus fundamentos, en un activo proceso de reciclaje de la vieja *nomenklatura*.

Las relaciones externas de Croacia están marcadas por la pervivencia de tensiones anexionistas —alimentadas por los ultranacionalistas *lobbies* herzegovinos— con respecto a una parte de Bosnia. Ni lo anterior ni la impresentable política en relación con las minorías —bien reflejada en la voluntad de preservar los efectos de la “limpieza étnica” desplegada en la Krajina en agosto de 1995— han suscitado mayores reacciones de una comunidad internacional que ha convertido a Tudjman en uno de sus baluartes en la zona. De cualquier modo, no puede descartarse en Croacia una crisis política derivada de la muerte de un presidente que padece una grave enfermedad.

■ **Kosovo**

En 1989-90 el ascenso de una modalidad agresiva de nacionalismo en Serbia tuvo una de sus manifestaciones centrales en la abolición de la condición autónoma de la provincia de Kosovo, en la que el 90% de la población era albanés. El parlamento kosovar fue disuelto, la enseñanza en albanés prohibida, y se instauró una ley marcial cuyos efectos se han hecho notar hasta hoy. A lo largo de ocho años, la respuesta de la mayoría albanesa ha consistido en el despliegue de un formidable movimiento de desobediencia civil. A su amparo se organizaron, en la clandestinidad y en el territorio más pobre de la antigua Yugoslavia, un sistema sanitario y otro educativo, al tiempo que cobraban cuerpo diversas estructuras políticas. Obligado es recordar que la condición, admirable, de ese movimiento no violento apenas se veía acompañada de resultados palpables: Belgrado mantenía en pie, sin fisuras, una gigantesca maquinaria represiva, mientras la comunidad internacional miraba hacia otro sitio.

A finales de 1997 han sido dos los cambios operados en el escenario. El primero afecta a la actitud de muchos albaneses, que han empezado a sopesar la idoneidad de la violencia como respuesta a la agresión que padecen; el Ejército de Liberación de Kosovo es la principal demostración del vigor de ésta. El segundo, de entidad más difusa, lo aporta un endurecimiento en las políticas de Belgrado que no sería sino el resultado de las querencias de una opinión pública en la que la moderación ha perdido activos. Es verdad, con todo, que tampoco faltan elementos que pueden rebajar la tensión. Uno de ellos lo proporciona, del lado serbio, la percepción de a dónde han conducido las aventuras militares de los últimos años; esta percepción está acaso en el origen de algunos movimientos como el que condujo en 1997 a un acuerdo —no aplicado— para normalizar la enseñanza en albanés en Kosovo. Otro llega de la mano del eventual efecto disuasorio que sobre la política de Belgrado podría ejercer un nuevo embargo económico internacional. Del lado albanés, en fin, no ha desaparecido el ascendiente del movimiento de desobediencia civil al que acabamos de referirnos.

La confrontación tiene, de cualquier modo, difícil remedio siquiera sólo sea porque ninguna de las soluciones proporciona una satisfacción razonable a las partes en conflicto. El mantenimiento del *statu quo*, por lo pronto, se antoja tan inormal como imposible: la situación actual es, por sí sola, un estímulo permanente para el acrecentamiento de tensiones. Los otros horizontes imaginables son cuatro:

■ **Devolver a Kosovo su condición de 1989**, que es la propuesta de la UE. Si resulta difícil que el gobierno serbio transija al respecto, mucho más lo es que las fuerzas políticas albanesas acepten semejante cierre en falso de la crisis. Asimismo, conviene subrayar que la FY-SM de hoy es una federación en la que los flujos centralizadores son mucho más poderosos que los que se registraban diez años atrás, de tal suerte que no es sencillo imaginar qué

supondría para Kosovo la recuperación de la perdida condición de provincia autónoma. El proceso bien podría ser una genuina farsa.

- **Convertir a Kosovo en una de las entidades que integran la FY-SM**, en pie de igualdad con Serbia y Montenegro. Ésta es acaso la propuesta más interesante; no en vano daría alguna satisfacción a las demandas de unos y otros. Es obligado recordar, sin embargo, que ningún dato invita a concluir que Belgrado la haya tomado en serio en algún momento. Esto aparte, y como quiera que la propuesta implicaría un reconocimiento del derecho de Kosovo a abandonar la Federación, lo más fácil es que Serbia —amenazada ya por movimientos de secesión en Montenegro— la rechace con rotundidad.
- **Abrir negociaciones encaminadas a una eventual participación.** En virtud de esas negociaciones, Serbia podría conservar algunos recintos históricos, así como las escasas zonas de mayoría de población serbia, y entregar el resto a la población albanesa. Aunque en los últimos años algunas fuentes han identificado negociaciones de esta naturaleza, ningún dato sólido indica que hayan adquirido alguna importancia.
- **Reconocer abiertamente el derecho de autodeterminación de Kosovo**, algo a lo que se niegan tanto Belgrado como las principales instancias internacionales. Entre las consecuencias posibles del ejercicio de ese derecho se contarían un Kosovo independiente —sin duda es la opción mayoritaria entre los kosovares— y una futura integración en Albania. Por razones fáciles de entender, la propuesta no goza de apoyo alguno en Belgrado. Que nuestras potencias la miren con tan malos ojos es, por desgracia, un indicador luminoso de su escaso compromiso con fórmulas que permitan que sean las gentes de a pie quienes tomen las decisiones.

La perspectiva de una internacionalización del conflicto, a través ante todo de una intervención de Albania, hace que la situación sea todavía más compleja. A menos que en Kosovo gane terreno una masiva “limpieza étnica” de albaneses, algo improbable, las posibilidades de que ese horizonte se haga valer parecen escasas. Albania tiene demasiados problemas, y cuenta con una magra capacidad militar, para encarar un conflicto abierto. Por otra parte, la élite política albanesa del momento no guarda relaciones cordiales con los clanes dominantes en Kosovo. Una intervención de Albania le vendría como anillo al dedo, por cierto, a Serbia: suscitaría una rápida condena internacional que colocaría en segundo plano los desmanes de Belgrado y ratificaría el derecho de éste a ocuparse en libertad de sus “asuntos internos”.

Desde mucho tiempo atrás los problemas de información con respecto a Kosovo son muchos. Aunque en buena medida se deben a la política represiva desplegada por Serbia, la sociedad albanesa sigue siendo muy opaca. Nada de ello justifica, sin embargo, la miseria de una UE que a principios de 1998 parece dispuesta a ocuparse de un conflicto del que se desentendió en 1989 y al que ninguna atención ha prestado durante un largo decenio de represión.

■ Vojvodina

Como Kosovo, la Vojvodina vio abolida su condición autónoma en 1989-90. La víctima principal fue la minoría húngara —un 17% de la población— que residía en el territorio. Desde entonces y hasta hoy la Vojvodina ha sido el escenario de una “limpieza étnica” incruenta. Las autoridades serbias han ejercido presiones sin cuento sobre los húngaros —impidiéndoles trabajar, por ejemplo, en la economía estatal— con la vista puesta en propiciar su emigración. Aunque no hay datos solventes, parece fuera de duda que el porcentaje de población húngara en la Vojvodina se ha reducido, al tiempo que llegaba al territorio cierto número de refugiados serbios procedentes de Croacia y de Bosnia.

■ Eslovenia

De las seis repúblicas yugoslavas, Eslovenia es la que ha recorrido desde 1991, el momento de su independencia, un camino más plácido. Tras una breve guerra que se saldó con unas decenas de muertos, Eslovenia ha visto cómo su sistema político se normalizaba en virtud de un pacto entre gentes procedentes del viejo orden —así, el presidente Kucan— y las élites políticas emergentes, en su mayoría de perfil liberal moderado. En los últimos años ha cobrado cuerpo, sin embargo, una derecha ultramontana cuyos progresos resultan preocupantes.

En ausencia de conflictos bélicos abiertos o latentes, la economía eslovena ha atravesado tesituras mucho menos delicadas que las que se han hecho valer en las restantes repúblicas ex yugoslavas. Buen indicador de lo anterior es que el país es uno de los Estados de la Europa central y balcánica cuya candidatura a la UE ha sido admitida sin mayores problemas; a ello no ha sido ajena la resolución de algunos contenciosos históricos con Italia. Debe recordarse, de cualquier modo, que la solicitud de adhesión a la OTAN formulada por Eslovenia fue rechazada —o al menos postergada en su aceptación— con ocasión de la cumbre de Madrid de julio de 1997.

■ Macedonia

Macedonia ha conseguido, por fin, el que ha sido su objetivo principal durante la desintegración de Yugoslavia: alcanzar el reconocimiento internacional como Estado independiente. Debe recordarse al respecto que para la mayoría de las fuerzas políticas serbias Macedonia era una creación artificial, de tal suerte que reclamaban la incorporación de su territorio a la “gran Serbia”. Por su situación geográfica, Macedonia, que casi carece de fuerzas armadas y en modo alguno es una amenaza para los Estados limítrofes, fue clara víctima del embargo sobre Serbia y Montenegro. Por otra parte, la presión de Grecia, asentada en el irrisorio argumento de que Macedonia había usurpado el nombre de la región griega colindante, impidió durante años ese reconocimiento internacional al que acabamos de referirnos. Afortunadamente, y bien que a regañadientes, Grecia ha ido moderando su política, al tiempo que se normalizaban las relaciones entre Macedonia y Serbia.

El último dato que acabamos de manejar algo tiene que ver con un hecho: Macedonia se enfrenta, como Serbia, a numerosos problemas relativos a la minoría albanesa que vive en la parte más occidental de la república. Las fuerzas políticas albanesas se sienten preteridas y las relaciones con el poder central son más bien tensas. La resolución de este contencioso no se ve precisamente facilitada por la condición, de nuevo autoritaria, del régimen liderado por el presidente Gligorov. Esto aparte, la situación económica sigue siendo delicada y Macedonia está obligada a seguir con atención los acontecimientos en el vecino Kosovo.

4 Una impredecible combinación de elementos

■ Muchos conflictos, muchos agentes

En la arena posyugoslava son muchas las tensiones que perviven, de tal suerte que la atención que ha suscitado el conflicto de Bosnia ha hecho caer en el olvido otros presentes en territorios aledaños. Las tensiones a las que nos referimos exhiben a menudo perfiles y agentes muy dispares —con-

frontaciones entre comunidades que residen en un mismo Estado, colisiones entre Estados, reyertas internas en el marco de una misma comunidad, flujos geoestratégicos...—, de manera que son muchas las combinaciones imaginables y difícilmente predecible el futuro.

Si se trata de identificar algunos factores cuya presencia puede ser determinante, entre ellos habrá que referirse, en primer lugar, a unas relaciones económicas que recuperan fluidez. Habrá que reseñar, en segundo lugar, la existencia de un subterráneo pero general acuerdo entre Serbia y Croacia que bien puede traducirse en un reparto de Bosnia y en el fortalecimiento consiguiente de las dos grandes potencias regionales. Hay que mencionar, en tercer lugar, y en un sentido diferente, que el panorama político de esas dos grandes potencias es incierto siquiera sólo sea por la creciente debilidad de Milosevic —contestado por los radicales parafascistas y sin apoyos firmes en Montenegro— y por la enfermedad, acaso en estado terminal, de Tudjman. Un cuarto dato lo aportan eventuales efectos dominó que podrían

conducir, por ejemplo, desde un abandono de la FY-SM por parte de Montenegro a huidas hacia adelante del gobierno serbio en Kosovo o en la RSB. Debe agregarse, en fin, que algunas de las relaciones que se hacen valer en el área están marcadas por la presión internacional y obligan a preguntarse qué es lo que sucederá una vez que aquélla se reduzca o desaparezca.

■ *Sociedades y gobiernos*

Como sucede en toda la Europa central y oriental, también en el espacio posyugoslavo se aprecia una notoria debilidad de las sociedades civiles, que en este caso no sólo han mostrado escasa capacidad de resistencia frente a las imposiciones de las maquinarias estatales: han sucumbido a menudo, también, a tramados impulsos de etnificación de la política. En ese proceso han desempeñado un papel decisivo unos medios de comunicación oficiales que se han visto beneficiados por un sistema en el que la información alternativa ape-

Cuadro 1 *Información estadística*

Bosnia-Herzegovina

Capital: Sarajevo.
Superficie: 51.129 km².
Población: 3.600.000 hab. (1997).
Densidad (km²): 70,6.
Composición étnica: bosniacos, 43,7%; serbios, 31,3%; croatas, 17,3% (1991).
Lenguas: serbocroata.
Religión: musulmanes, ortodoxos, católicos.
Renta per cápita: 1.756 dólares (1989).
Estructura de la economía: industria, 50%; servicios, 37%; agricultura, 13% (1989).
Médicos (por 1.000 hab.): 1,8 (1991).
Mortalidad infantil (por 1.000 hab.): 15,2 (1991).
Esperanza de vida: 70,5 años (1982).

Croacia

Capital: Zagreb.
Superficie: 56.538 km².
Población: 4.800.000 hab. (1997).
Densidad (km²): 85.
Composición étnica: croatas, 77,9%; serbios, 12,2% (1991).
Lenguas: serbocroata.
Religión: católicos, ortodoxos.
Renta per cápita: 3.830 dólares.
Estructura de la economía: servicios, 48,4%; industria, 38,7%; agricultura, 12,9% (1989).
Médicos (por 1.000 hab.): 2,6 (1991).
Mortalidad infantil (por 1.000 hab.): 10 (1991).
Esperanza de vida: 73,7 años (1997).

Eslovenia

Capital: Ljubljana.
Superficie: 20.251 km².
Población: 2.000.000 hab. (1997).
Densidad (km²): 100.
Composición étnica: eslovenos, 90,5%; croatas, 2,9%; serbios, 2,2% (1991).
Lenguas: esloveno.
Religión: católicos.
Renta per cápita: 9.160 dólares (1997).
Estructura de la economía: industria, 48,0%; servicios, 44,4%; agricultura, 7,6% (1989).
Médicos (por 1.000 hab.): 2,6 (1991).
Mortalidad infantil (por 1.000 hab.): 8,9 (1991).
Esperanza de vida: 73,9 años (1997).

Kosovo

Capital: Kosovo.
Superficie: 10.887 km².

Población: 2.000.000 hab. (1997).
Densidad (km²): 184.
Composición étnica: albaneses, 88%; serbios, 7% (1997).
Lenguas: albanés, serbocroata.
Religión: musulmanes, ortodoxos.

Macedonia

Capital: Skopje.
Superficie: 25.713 km².
Población: 2.100.000 hab. (1997).
Densidad (km²): 82.
Composición étnica: macedonios, 64,6%; albaneses, 21% (1991).
Lenguas: macedonio, albanés.
Religión: ortodoxos, musulmanes.
Renta per cápita: 1.756 dólares (1989).
Estructura de la economía: industria, 52,8%; servicios, 30,8%; agricultura, 16,4% (1989).
Médicos (por 1.000 hab.): 2,4 (1991).
Mortalidad infantil (por 1.000 hab.): 35,3 (1990).
Esperanza de vida: 73,2 años (1997).

Montenegro (véase Serbia y Montenegro)

Serbia y Montenegro (Federación Yugoslava)

Capital: Belgrado (Serbia: Belgrado; Montenegro: Podgorica).
Superficie: 102.173 km² (Serbia: 88.361 km²; Montenegro: 13.812 km²).
Población: 10.600.000 hab. (Serbia: 10.000.000; Montenegro: 600.000) (1997).
Densidad (km²): 104 (Serbia: 113; Montenegro: 44).
Composición étnica: serbios, 62,3%; albaneses, 16,6%; montenegrinos, 5,0%; húngaros, 3,3% (1991).
Lenguas: serbio, albanés.
Religión: ortodoxos, musulmanes.
Renta per cápita: 2.364 dólares (1989).
Estructura de la economía: industria, 43,9%; servicios, 38,3%; agricultura, 17,8% (1989).
Médicos (por 1.000 hab.): 2,4 (1993).
Mortalidad infantil (por 1.000 hab.): 22,0 (1990).
Esperanza de vida: 72,0 años (1992).

Vojvodina

Capital: Novi Sad.
Superficie: 21.506 km².
Población: 2.000.000 hab. (1991).
Densidad (km²): 92.
Composición étnica: serbios, 65%; húngaros, 17% (1991).
Lenguas: serbocroata, húngaro.
Religión: ortodoxos, católicos.

nas ha encontrado cauces. La influencia de esos medios ha sido sensiblemente mayor, por lo demás, en el medio urbano que en el rural.

Conviene recordar, sin embargo, que la partida no ha sido ganada de forma definitiva por ese ingente proceso de etnificación. La resistencia de segmentos significados de la población bosnia así lo testimonia. Las crisis políticas que presumiblemente se verificarán en el futuro en Serbia y en Croacia bien pueden traducirse, también, en un rebrote de las oposiciones pacifistas respectivas que le dé credibilidad, una vez más, a la idea de que en el espacio yugoslavo el carácter sangriento de los enfrentamientos sólo tiene parangón con la enorme rapidez de las reconciliaciones. Parece, de cualquier modo, inevitable que en Serbia como en Croacia recuperen la voz muchos ciudadanos que apenas han disfrutado de la posibilidad de analizar críticamente las políticas de sus gobiernos.

■ La comunidad internacional

Aunque la comunidad internacional no es responsable de la desintegración de Yugoslavia, difícilmente puede dudarse de que su papel ha sido, se mire desde donde se mire, patético. Nada anuncia, por lo demás, que las cosas estén llamadas a cambiar. Si hay que resumir en tres grandes datos la actitud exhibida por las grandes potencias, bien pueden ser los siguientes. En primer lugar, una inflación de retórica encajinada a contentar a opiniones públicas poco satisfechas ante la actitud asumida con respecto al conflicto en Bosnia. En segundo término, una política de crudo e inmoral realismo que ha conducido a legitimar, siquiera indirectamente, buena parte de las políticas de conquista y "limpieza étnica" de territorios. En tercer lugar, en fin, un respaldo final —sean cuales sean los peros que a esta triste realidad puedan oponerse— a los dos regímenes, el serbio y el croata, que han desempeñado un papel central en la desintegración de Yugoslavia. Todo lo anterior pone de manifiesto, una vez más, que las grandes potencias se mueven con arreglo a la defensa de intereses, y no dudan en arrinconar los principios cuando aquéllos se encuentran en peligro. Y si hay que buscar una explicación para dar cuenta de por qué nuestros países han tolerado lo intolerable en Bosnia o en Kosovo, no es preciso ir muy lejos: sus intereses en uno como en otro lugar eran muy livianos.

■ Nuestros deberes

Aunque la influencia que podemos ejercer sobre el derrotero de los escenarios posyugoslavos es muy escasa, nuestro ajuste de cuentas con esos conflictos debe incorporar al menos seis tareas:

- Acometer un análisis puntilloso de los hechos que soslaye la retórica de la comunidad internacional, el crudo realismo exhibido por esta última y las patéticas omisiones y distorsiones de una parte significada de nuestra izquierda.
- Subrayar que los conflictos yugoslavos han sido cerrados en falso, de tal suerte que pervive un sinfín de problemas que reclaman soluciones urgentes.
- Denunciar las miserias que han caracterizado la política de las grandes potencias, y entre ellas las relativas a la ausencia de medidas de prevención, la legitimación de comportamientos impresentables y la negación de apoyo a las víctimas.
- Criticar el papel asumido por muchos medios de comunicación que, dentro y fuera de la ex Yugoslavia, han hecho propios los discursos etnificadores y han acallado las voces contestatarias.
- Eludir las críticas fáciles de los nacionalismos, que tienden a convertir éstos en falaz explicación de todos los problemas y que no distinguen el papel, a menudo muy diferente, asumido por unos y otros nacionalismos.

- Desarrollar una política activa de apoyo a las oposiciones pacifistas y democráticas que aún hoy, y en condiciones muy precarias, resisten en Serbia y en Croacia.

BIBLIOGRAFÍA

- "Accords de paix concernant l'ex-Yougoslavie", *Documents d'actualité*, número monográfico, La Documentation Française, febrero de 1996.
- AGIRRE, X.: *Yugoslavia y los ejércitos*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1997.
- BENDERLY, J., y E. KRAFT (dirs.): *Independent Slovenia*, Londres, Macmillan, 1997.
- BOUGAREL, X.: *Bosnie. Anatomie d'un conflit*, París, La Découverte, 1996.
- BOYLE, F.A.: "Comprehensive Analysis of Dayton Peace Agreement", *BosNet*, 30/11/95.
- DUIJZINGS, G., D. JANJIC y S. MALIQI (dirs.): *Kosova. Confrontation or coexistence*, Nimega, University of Nijmegen, 1996.
- DYKER, D.A., e I. VEJVODA: *Yugoslavia and After*, Londres, Longman, 1996.
- JUDAH, T.: *The Serbs*, New Haven, Yale University Press, 1997.
- MORGAN, P.: *A Barrel of Stones. In search of Serbia*, Ceredigion, Planet, 1997.
- POULTON, H.: *Who are the Macedonians?*, Londres, Hurst & Company, 1995.
- ROMEVA, R.: *Bòsnia-Hercegovina: Iliçons d'una guerra*, Barcelona, Centre UNESCO de Catalunya, 1997.
- TANNER, M.: *Croatia: A Nation Forged in War*, New Haven, Yale University Press, 1997.
- VV.AA.: *El genocidio bosnio*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1997.



Carlos Taibo, *Las repúblicas ex yugoslavas después de Dayton*, Cuadernos Bakeaz, nº 24, diciembre de 1997.
© Carlos Taibo, 1997; © Bakeaz, 1997.

Las opiniones expresadas en estos trabajos no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.

Cuadernos Bakeaz es una publicación monográfica, bimestral, realizada por personas vinculadas a nuestro centro o colaboradores del mismo. Aborda temas relativos a economía de la defensa, políticas de seguridad, educación para la paz, guerras, economía y ecología; e intenta proporcionar a aquellas personas u organizaciones interesadas en estas cuestiones, estudios breves y rigurosos elaborados desde el pensamiento crítico y desde el compromiso con esos problemas.

Director de la publicación: Josu Ugarte • **Coordinación técnica:** Blanca Pérez • **Consejo asesor:** Joaquín Arriola, Nicolau Barceló, Anna Bastida, Roberto Bermejo, Jesús Casquette, Xabier Etxeberria, Adolfo Fernández Marugán, Carlos Gómez Gil, Rafael Grasa, Xesús R. Jares, José Carlos Lechado, Arcadi Oliveres, Jesús M^a Puente, Jorge Riechmann, Pedro Sáez, Antonio Santamaría, Angela da Silva, Ruth Stanley, Carlos Taibo, Fernando Urrutikoetxea • **Títulos publicados:** 1. Carlos Taibo, *Veinticinco preguntas sobre los conflictos yugoslavos* (ed. revisada); 2. Xabier Etxeberria, *Antirracismo*; 3. Roberto Bermejo, *Equilibrio ecológico, crecimiento y empleo*; 4. Xabier Etxeberria, *Sobre la tolerancia y lo intolerable*; 5. Xabier Etxeberria, *La ética ante la crisis ecológica*; 6. Hans Christoph Binswanger, *Protección del medio ambiente y crecimiento económico*; 7. Carlos Taibo, *El conflicto de Chechenia: una guía de urgencia*; 8. Xesús R. Jares, *Los sustratos teóricos de la educación para la paz*; 9. Juan José Celorio, *La educación para el desarrollo*; 10. Angela da Silva, *Educación antirracista e interculturalidad*; 11. Pedro Sáez, *La educación para la paz en el currículo de la reforma*; 12. Martín Alonso, *Bosnia, la agonía de una esperanza*; 13. Xabier Etxeberria, *Objeción de conciencia e insumisión*; 14. Jörg Huffschmid, *Las consecuencias económicas del desarme*; 15. Jordi Molas, *Industria, tecnología y comercio en la producción militar: el caso español*; 16. Antoni Segura i Mas, *Las dificultades del Plan de Paz para el Sáhara Occidental, 1988-1995*; 17. Jorge Riechmann, *Herramientas para una política ambiental pública*; 18. Joan Roig, *Guinea Ecuatorial: la dictadura enquistada*; 19. Joaquín Arriola, *Centroamérica, entre la desintegración y el ajuste*; 20. Xabier Etxeberria, *Ética de la desobediencia civil*; 21. Jörn Brömmelhörster, *El dividendo de la paz: ¿qué abarcaría este concepto?*; 22. Luis Alfonso Aranguren Gonzalo, *Educación en la reinención de la solidaridad*; 23. Helen Groome, *Agricultura y medio ambiente*; 24. Carlos Taibo, *Las repúblicas ex yugoslavas después de Dayton* • **Diseño:** Jesús M^a Juaristi • **Fotocomposición:** ABD • **Impresión:** Grafilur • **ISSN:** 1133-9101 • **Depósito legal:** BI-295-94.

Suscripción anual (6 números): 1.500 ptas. • **Suscripción de apoyo:** 2.250 ptas. • **Forma de pago:** Domiciliación bancaria (indique los 20 dígitos correspondientes a entidad bancaria, sucursal, control y c/c.), o transferencia a la c/c. 2095/0365/49/3830626218, de Bilbao Bizkaia Kutxa • **Adquisición de ejemplares sueltos:** estos cuadernos, y otras publicaciones de Bakeaz, se pueden solicitar contra reembolso (350 ptas. de gastos de envío) a la dirección abajo reseñada. Su PVP es de 250 ptas./ej.

Bakeaz. Centro de documentación y estudios para la paz, es un organismo de carácter no gubernamental, independiente y sin ánimo de lucro. Está formado por un grupo de personas, vinculadas a los medios universitarios y pacifistas vascos, que intenta profundizar en el conocimiento de temas como la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación entre economía y ecología, o la educación para la paz. Cuenta para ello con una biblioteca y hemeroteca especializadas, y con diferentes recursos pedagógicos, para así asegurar el objetivo de proporcionar información, recursos y asesoramiento.

Asimismo, realiza estudios e investigaciones, publica trabajos propios o ajenos, organiza seminarios y cursos, y colabora con los medios de comunicación.

Bakeaz • Avenida Zuberoa, 43 bajo • 48012 Bilbao • Tel.: (94) 421 37 19 • Fax: (94) 421 65 02 • E-mail: bakeaz@sarenet.es